

UNA CIUDAD ENCANTADA EN LAS CUMBRES DE SIETE PICOS

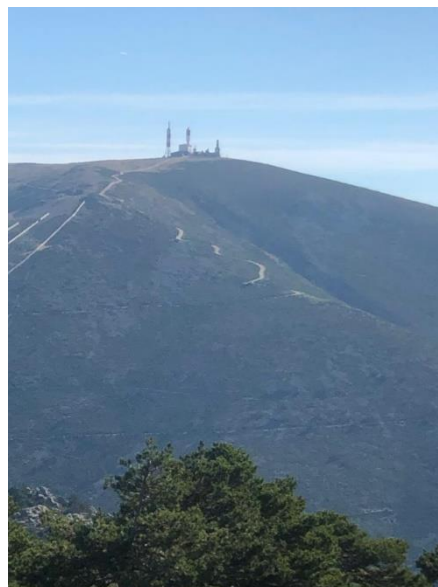
La mañana era fresca y ventosa con un cielo azul total cuando animados nos reunimos en el puerto de Navacerrada para iniciar nuestra duodécima sesión de senderismo con destino a los míticos Siete Picos. En ese momento ignorábamos por completo las sorpresas que nos deparaba el día.

El verano había pasado, estábamos otra vez juntos y con ganas de caminar en aquel día espléndido. Justo antes de arrancar le llegó un aviso urgente a nuestro querido guía Javier, quien inexcusablemente tuvo que volver a Madrid.

Quedó entonces el grupo un poco “descabezado”, pero enseguida surgieron voluntarios y entendidos en “wikiloc” dispuestos a guiar la marcha, así que, con más o menos acierto y fortuna,



empezamos el ascenso. Primero por la ladera del Telégrafo, desde el puerto de Navacerrada, a 1.860m, hasta las cumbres de Siete Picos, a más de dos mil metros de altitud.



A medida que subíamos nos íbamos encontrando con vistas espléndidas, el día estaba muy claro: las montañas circundantes, el embalse de Valmayor y la ciudad de Segovia se veía, minúscula, a lo lejos.

Cuando ya estuvimos en la zona alta de la cresta nos encontramos con un regalo inesperado, las moles de granito erosionadas por el agua durante millones de años habían dado lugar a caprichosas formas redondeadas que se mantenían en equilibrio generando un paisaje que recordaba al “Torcal de Antequera” o la famosa “Ciudad Encantada” de Cuenca.

Nunca la mano del hombre hubiera podido generar aquella armonía partiendo del desorden.



UNA CIUDAD ENCANTADA EN LAS CUMBRES DE SIETE PICOS



Rebasamos el vértice geodésico de 2.138 metros disfrutando del paisaje. A medida que avanzábamos por las cumbres el camino se nos fue complicando con la vegetación y pasos muy angostos entre las rocas. ¡Empezamos a echar de menos a nuestro guía!

Nuestro objetivo era encontrar un camino de bajada con una moderada pendiente hacia la pradera del Collado Ventoso donde tendríamos que tomar el camino Schmidt para retornar al puerto de Navacerrada, pero la falta de cualquier señalización y lo impenetrable de la senda nos impidió dar con él.



Mirándolo “a toro pasado” hubiera sido bueno preguntar a unos que andaban por allí, que parecían expertos a juicio de como andaban saltando, con agilidad de cabras, por aquellos peñascos, o haber llevado el plano y la brújula que el cronista tenía en su casa. Siempre son más de fiar que los medios electrónicos a los que nos entregamos en “cuerpo y alma”.



Por allí pasaron saltando otros, pero cuando les preguntamos, para nuestra frustración, nos dijeron que no tenían ni idea. Éstos iban completamente a la aventura.

UNA CIUDAD ENCANTADA EN LAS CUMBRES DE SIETE PICOS

Vislumbramos un sendero de bajada hacia el valle, señalado en su trayecto por montoncitos de piedras, la señal de “buen camino” de los “boy scout”. Esto, unido a la seguridad y argumentaciones de” los Ramones”, que eran de lo más experto, nos decidió finalmente por abordar ese “precipicio”.



Mirando ahora el mapa en casa, veo que el lugar al que nos lanzamos parece que se denomina “**Cañada Lóbrega**”, y me parecería un buen nombre a tono con la dificultad y la pendiente, los resbalones, y el cuidado con el que tuvimos que ir bajando.

No obstante, quizás el nombre no se deba a los apuros que pasamos sino al paisaje de bosque cerrado, con altos pinos, entre enormes piedras de granito, musgos inmensos como alfombras de pelo largo: un sitio muy bello.

La cosa fue larga, cada cierto tiempo aparecían las señales milagrosas dejadas por los ángeles que nos reafirmaban por donde ir, aunque bajar, lo que es bajar, teníamos que hacerlo por necesidad.

Fue una gran ocasión de compañerismo, de como ayudarnos unos a otros en los pasos difíciles, de como esperar y reagruparnos para mantener la integridad del grupo por encima de las capacidades de cada uno. Hubo resbalones, pero llegamos todos bien y sin incidentes mayores.

Al fin se hizo la luz y divisamos un camino que discurría transversal ¡nuestro camino Schmidt! Que en comparación con lo que acabábamos de hacer parecía una autopista. Lo cogimos con alegría, primero en sus bajadas y luego con menos en sus subidas hacia el puerto al que llegamos finalmente.



Cuando arribamos al “Felipe”, estábamos bastante cansados, después de un día difícil, pero satisfechos de haberlo hecho, y sobre todo de haberlo superado en los tramos más difíciles con un espíritu de colaboración que nos unió a todos. Pronto recibimos noticias de nuestro querido guía que nos tranquilizaron y alegraron. Todo había ido bien. Habíamos ganado el día.

El Cronista Senior

Navacerrada, septiembre de 2023